

*Esto es un pedazo de la reelaboración del “dinámica psíquica...” que me pareció podía aportar algo y lo subo dado que el Proceso sabe cuándo terminará aquél...*

Aquí quiero resaltar las miradas sobre el tema.

Hasta aquí he hablado desde el punto de vista externo, teórico, tomando la cosa como vista desde afuera y diciendo cosas que se supone son válidas para todo el mundo, “objetivas”. Así es el discurso de la mirada externa que algunos llaman “de la tercera persona”.

Teóricamente, luego del “paso” de las señales que portan los impulsos por conciencia, resultan percepciones y representaciones. Y esta expresión es congruente con el punto de vista externo. Sigo mirando desde afuera, teorizando, objetivando.

Pero si digo que después del paso por conciencia de las señales, *aparece el mundo*, no estoy diciendo algo errado, pero ya dejé de emplazarme como observador externo.

Porque desde el punto de vista que resulta congruente, lo que sigue son las imágenes – perceptuales o representadas- de mundo, no el mundo.

Acá no solo hay un salto en el discurso sino un cambio radical de punto de vista. Porque si aparece el mundo, desaparecen los impulsos. El mundo y los impulsos no pueden convivir de manera compatible, a menos que se sobreentiendan dos niveles previos de fenómeno: el neurofisiológico y el psíquico.

Y surge un tercer nivel: el psicológico. A partir de las representaciones del mundo se producen respuestas internas, se mueven cargas que activan la vía asociativa y se pone en marcha la dinámica argumental.

Por supuesto esta expresión no se refiere a un fenómeno que se dé en la realidad. porque nada se pone en marcha, dado que todo estaba ya en marcha. Pero a los fines de la exposición, valga la escenificación teórica.

Esta dinámica argumental está codificada por la experiencia en el mundo para orientar al cuerpo en el mundo.

Las imágenes de contenido perceptual “fascinan” a la conciencia de modo que ésta se identifica con el cuerpo y lo mueve en el mundo por medio de las imágenes que genera, instante tras instante.

La conciencia desaparece como percepción de sí. El registro de presencia de la conciencia se esfuma, dando vida a los paisajes que configura a través de la mirada.

Desaparece la conciencia pero quedo yo, como trasfondo. A veces, como presencia más

o menos intensa de que “aquí” hay algo que se agita frente al mundo, con el mundo. Ajustando un poco lo dicho arriba, preciso: después del paso de las señales por conciencia... *aparezco yo*, como referencia, aunque más no sea, vaga de que hay una vida que se agita y responde a la presencia del mundo.

Pero aún cuando desvahída la sensación de presencia de mí, no puedo descartarla de mis consideraciones. Sobre todo porque cada estímulo mundano despierta en mí sensaciones. O sea, me alimenta, nutre mi presencia en la forma del famoso “culatazo” orteguiano, como realimentación de mi misma sensibilidad. Porque cuando siento, también siento que siento.

Como pieza que soy en el tablero del mundo, ya que me formo –en tanto residuo acumulado de la realimentación, mi experiencia- estímulo tras estímulo y respuesta tras respuesta, necesito moverme en él.

Para eso necesito “estímulo” que me provoque, necesito sentido que me impulse, referencia que oriente mi acción, Necesito colores y sabores, sensaciones que comprometan mi cuerpo y refuercen mi sensación de mí, eso que llamamos “yo”.

Mi mundo y yo, por tanto, somos inescindibles. Sin mí, él carece de sentido; sin mundo, carezco de referencia y mi sensibilidad se alucina consigo misma.

Son las sensaciones las que me vinculan con el mundo, o sea, yo soy la fuente de mi dependencia.

Mi propio lastre.

Pero, al mismo tiempo, mi única posibilidad de trascendencia. Porque solo apoyándome en mí puedo aspirar a saltar al infinito.

05-07-2013